

# LETRAS

## Letrillas

# LETRONES

### MIGRACIÓN

## SANTA TERESA ES EL PRESENTE

**S**anta Teresa es una flor carnívora en mitad del desierto. En 2666 (Anagrama, 2004), la novela de Roberto Bolaño, Santa Teresa es el agujero maldito donde tienen lugar crímenes, violaciones, suplicios y golpizas de mujeres.

Algunos dicen que si Macondo es la mítica ciudad que contó el origen de Latinoamérica, Santa Teresa es la que narra su fin. Pero no es verdad. Santa Teresa no es la ciudad del Apocalipsis, sino la del ahora; es la ciudad latinoamericana posmoderna: global, violenta y desigual.

Una de las historias que cuenta Bolaño es la de Andrea Pacheco, una jovencita de solo trece años secuestrada a la salida de la escuela. La encontraron dos días después, estrangulada. El hallazgo, dice la novela, lo hizo un migrante salvadoreño a quien, inmediatamente, acusaron de haber cometido el crimen. La policía lo remitió a un calabozo de donde salió dos semanas después con la salud quebrantada por el hambre y las “madrizas” que le propinaron.

La historia imaginaria de este migrante imaginario en un lugar imaginario no es demasiado diferente de la realidad. Las atrocidades que a diario se cometen contra los centroamericanos en México son resultado de una mezcla de

machismo, xenofobia, racismo, pugnas territoriales por droga y tráfico de humanos... que empalma con las necesidades del Estado mexicano de controlar la migración irregular. Su historia es fugaz, como la de miles de centroamericanos, “pinches güeyes muertos de hambre”, como les dicen allá.

Viajan de noche, evitan los caminos transitados y se esconden en los montes expuestos a la acción de toda clase de fieras, como los Zetas y los policías municipales, estatales y patrulleros. Unos y otros forman parte de una maraña perversa en la que participan poblados enteros, verdaderos nidos de ratas.

La matanza de Tamaulipas, ocurrida en agosto de 2010, escandalizó a México. Fue una campanada. Los mexicanos se pusieron al tanto de que eventos de este tipo, en menor escala, se producen a lo largo de un extenso corredor que va de Tabasco, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Tijuana hasta Tamaulipas, una ruta que también es utilizada para el trasiego de armas y cocaína.

Un estudio de la Comisión Nacional de Derechos Humanos revela que en solo ocho meses de 2010 en el territorio mexicano fueron secuestrados más de 10 mil migrantes, la inmensa mayoría constituida por centroamericanos. Detrás de esa cifra hay espeluznantes dramas humanos.

Óscar Martínez, uno de los periodistas salvadoreños que mejor conoce el tema, insiste en que los secuestros de indocumentados no son nuevos, y que

además continuarán. Las crónicas de su libro *Los migrantes que no importan* (Icaria, 2010) nos indicarían que Santa Teresa está por todas partes.

La violación de mujeres migrantes, una práctica que ocurre desde Tapachula hasta Sonora, ha dado origen a una leyenda fronteriza. En Mexicali existe el mito del árbol de los calzones. Se trata de un arbusto decorado con la ropa interior de las migrantes que en su intento por alcanzar Estados Unidos fueron violadas por los “bajadores”, hombres expertos en rastrear a los peregrinos en la arena. El árbol de los calzones es el emblema de ese México profundo.

Los Zetas han ampliado los significados del verbo “tablear”. En el inframundo donde ellos son reyes es el acto de arrodillar contra una pared a los migrantes que secuestran para partirles la espalda a tablazos, mientras esperan que caigan en alguna sucursal de MoneyGram los depósitos de entre 1,500 y 5,000 dólares enviados por sus parientes como pago por el rescate.

Estas barbaridades, que pasan a todas horas, y que todos conocen, han sido silenciadas por mucho tiempo. “Lo que ocurre es que esta gente no importa en este país”, le dijo a Martínez el cura Alejandro Solalinde, un protector de los migrantes, a quien sus mismos compatriotas quisieron quemar vivo por decir estas cosas.

No le importan a México, y la verdad, tampoco demasiado a los gobiernos de Honduras, El Salvador y Guatemala, que

viven con el agua al cuello, y cuyas élites económicas rezan novenarios para que la migración no pare, mientras revisan el parte del ingreso de remesas.

La situación de los centroamericanos en México es una crisis humanitaria. Pero aunque el sufrimiento de los migrantes ha llegado a límites intolerables y su situación en materia de seguridad es cada vez peor, no hay manera de que la transmigración por México se detenga.

Hasta ahora el Estado mexicano ha mostrado incapacidad y, a menudo, falta de voluntad para afrontar este problema. Pero una cosa es cada vez más clara: la solución a esa crisis no será solo mexicana.

Unos 500,000 centroamericanos se internan cada año en esos parajes de muerte. El flujo hacia el norte, aun en esas condiciones inadmisibles, habla mucho de la desesperación que los empuja a salir del fuego de la pobreza y la exclusión, y emprender la búsqueda de oportunidades en Estados Unidos, así tengan que peregrinar a la flor carnívora de Santa Teresa. —

— MIGUEL HUEZO MIXCO

## SOCIEDAD CIVIL

### DUDAS

**U**no lee o escucha la convocatoria —mucho ha tenido que ver la radio con su eficaz promoción— y a botepronto, por reflejo, sin pensarlo mucho, se siente impulsado a decir: “Flaca, sácate los marcadores que tenemos que pegar una cartulina en la entrada.” Y es que, caray, a ver quién tiene las pocas entrañas de no apoyar una campaña que clama por lo inapelable, es decir, por el cese de la violencia, por el reencuentro con una cotidianidad tan normal como puede haber sido la cotidianidad en este país. Honor a quien honor merece, la cosa está bien pensada. Las campañas como “No más sangre” no fallan, según podrá comprobar quien se asome a las redes sociales y descubra lo velozmente que se ha multiplicado el logo que diseñó el talentoso Alejandro

Magallanes, y bien está que no fallen. A fin de cuentas, cómo discutir, pensarán los lectores, la perspectiva de un día a día con vida nocturna, negocios abiertos y periodistas razonablemente libres de peligro, en el que puedas pasear por las calles sin verte a la mitad de un fuego cruzado o circular por las carreteras sin topár con un retén.

Eso, a botepronto. Porque, como también habrá ocurrido a los lectores, las dudas no tardan en florecer y, la verdad, no encuentran respuestas claras. Las dudas no se relacionan con el destinatario de la demanda. De momento al menos, la campaña no se distingue por la hondura ni la extensión de sus planteamientos, pero si en algo han sido claros y honestos don Eduardo del Río *Rius* y el resto de los caricaturistas que apoyan su iniciativa es en que las quejas van dirigidas a Los Pinos, particularmente al presidente Calderón. De alguna manera, piensas entonces, menos mal. Pegar una cartulina en la que solicitas a las organizaciones criminales que, por el bien de la ciudadanía, solucionen sus diferendos de manera pacífica, resultaría de una ingenuidad, en el mejor de los casos, abochornante. El jipismo tiene un límite y a cierta edad uno ya no se lanza de cabeza a esos ridículos. Así que, ansioso de contribuir de algún modo con la llegada de la paz, te preguntas qué, exactamente, proponen los caricaturistas como alternativa a la por otra parte muy cuestionable guerra contra el narco que padecemos sin grandes esperanzas de remisión. Porque algo han de proponer, y será cosa de tiempo—poco, esperemos—que lo hagan a detalle. Mientras, ante la escasez de información, especulemos...

Es probable que los promotores de “No más sangre” se decanten por soluciones llamémoslas alternativas, y que sus quejas se dirijan al gobierno por su incapacidad para o franca reticencia a discutir las de manera profunda. En ese caso, la razón les asiste, porque esa responsabilidad, acotada pero contundente, sin duda la carga la administración calderonista. Si algo positivo ha traído nuestra masacre diaria es la posibilidad de pensar la legalización o despenali-

zación de las drogas y recordar las virtudes indispensables de la cultura y la educación, herramientas de comprobada utilidad a la hora de emprender eso que con horrenda jerga sociologizante llamamos la “reconstrucción del tejido social”. En ese caso, que cuenten con nuestra cartulina, previa cláusula: debe ser claro que fundar bibliotecas y proteger nuestro derecho a pachequearnos sin amenazas policíacas no detendrá la carnicería, no al menos en el plazo inmediato o mediano. En Colombia, los gobiernos fundaron centros culturales y crearon programas educativos y trabajos decorosos para las poblaciones marginadas al tiempo que les pegaron a las organizaciones criminales, y fuerte, con su sólida estructura policíaca. Así y todo, los resultados tardaron años en ser concluyentes.

Si, por el contrario, los *moneros* proponen un pacto con las bandas en pugna, como si el Estado debiera renunciar a la persecución del crimen y, más aún, como si tal pacto fuera posible, habrá que darle otro uso a la cartulina y los marcadores. Esta es, de hecho, solo la primera inquietud que genera “No más sangre”, y ojalá se disipe pronto. Porque cualesquiera que sean las responsabilidades de Felipe Calderón y su equipo, y sin duda son muchas —la bravuconada mediática, el hecho de haber emprendido la alguna vez llamada guerra sin una depuración de las entidades policíacas, la nula corrección del sistema de justicia, el olvido de la educación como elemento central del problema de las drogas—, la formulación misma de la propuesta es dudosa. Exigir a las autoridades que cese la violencia ya, ahora, implica tanto como otorgarles poderes sobrenaturales, hagan de cuenta los lectores que la paz fuera cosa de un decreto, o, en su defecto, suponer que la responsabilidad de dicha violencia es exclusivamente suya.

Esta posibilidad, la de atribuir todas las culpas a Los Pinos, mejor ni considerarla. Porque deja dos interpretaciones, ninguna de ellas deseable. La primera es que se trate de un análisis hecho en frío y con buenas intenciones pero sin la menor racionalidad. Con franqueza, ¿de veras



Diseño: Alejandro Magallanes

## El reclamo de la ciudadanía.

alguien cree posible sacar de la ecuación a las bandas criminales, que son, a fin de cuentas, las que ametrallan bares, secuestran indocumentados y cazan policías o militares? ¿De veras nadie recuerda que las decapitaciones son anteriores a las proclamas de Calderón, que el caso del cardenal Posadas tiene ya lustros, que hace ya muchos años que dejaron la vida los primeros policías?

La otra es que, con obediencia a un maquiavelismo *bardcore*, la campaña sea un arma política, alguna forma de torpedeo preelectoral, pero esta posibilidad es impensable incluso como mera duda: nadie, particularmente no los promotores de “No más sangre”, sería capaz de una instrumentalización tan artera, tan ruin, de la violencia. Ellos, seguramente, leyeron también las palabras de algún perseguido por ETA, probablemente Fernando Savater, cuando dijo que en los momentos de peligro es legítimo entender a los cobardes y admirar a los valientes, pero a los oportunistas solo es legítimo despreciarlos. —

— JULIO PATÁN

## LITERATURA

EL HAZ Y EL ENVÉS:  
SOBRE PALÍNDROMOS

i. m. Darío Lancini (1932-2010)

La atracción por los palíndromos —textos que se leen de ida y vuelta— aparece en épocas remotas en lenguas muy diversas y acaso sea común a todas las literaturas. La tradi-

ción occidental se remonta al siglo III a. C. y al tracio satírico Sotades pero cabe suponer un origen distinto a las variedades orientales del género. En los palíndromos japoneses las letras que forman las piezas del juego no representan fonemas sino sílabas. En los palíndromos chinos no se lee el mismo texto de ida y vuelta, pues al invertirse el orden de sucesión los caracteres se combinan de otro modo y se resuelven en palabras y frases distintas. Combinar letras que representan fonemas sin significado propio no es igual que combinar símbolos que representan palabras. Pero si cortáramos un palíndromo occidental por la mitad tendríamos que leerlo como un palíndromo chino: la segunda parte del texto aparecería al dar la vuelta a la frase. (Así, al leerse de ida y vuelta, mi “Note cómo es aledaño Dalí” se despliega en “Note cómo es aledaño Dalí la doña del aseo, mocetón”). Todos los palíndromos, en todas las lenguas, obedecen al mismo impulso primordial: encontrar sentido en lo que no parece ser sino ruido. Nos maravilla que un texto pueda leerse por el haz y el envés por la misma razón por la que nos encanta ver cobrar formas a las nubes.

Que para leer la línea de vuelta lo hagamos como si apenas descifráramos la escritura, con el dedo al ras de la página, muestra que se trata de un arte textual antes que verbal, visual antes que sonoro. Un poema requiere oído; en un palíndromo —que puede resultar un poema— la lengua entra por los ojos. He escrito *arte* donde tal vez debí decir *juego*, pero también llamamos poesía a una práctica cuyos ejercicios suelen no ser sino eso. La diferencia depende del resultado. En cualquier caso, es pasatiempo de letrados. Lo han practicado Dante, Swift, Poe, Carroll, Joyce, Khlebnikov, Nabokov, Borges, Arreola, Perec, Calvino, Cortázar, Monterroso... En nuestra lengua el gran maestro (término ajedrecístico, pero algo de ajedrez tiene el palíndromo) es indiscutiblemente el venezolano Darío Lancini (1932-2010): sus creaciones no son solo textos reversibles sino muchas veces auténticos poemas.

## Amor azul

Ramera, de todo te di.  
Mariposa colosal, sí,  
yo de todo te di.  
Poda la rosa, Venus.  
El átomo como tal  
es un evasor alado.  
Pide, todo te doy: isla,  
sol, ocaso, pirámide.  
Todo te daré: mar, luz, aroma.

Sé de pocos más de quienes pueda decirse lo mismo. Uno de ellos es el autor de *Eco da eco de doce a doce* (el libro publicado por Ediciones de la Galera en estos días al que una versión reducida de estas páginas sirve de prólogo): Pedro Poitevin (Friburgo, 1937), matemático de profesión, profesor investigador de lógica, ajedrecista seriamente aficionado y, como Monterroso, guatemalteco en tránsito: combinación idónea.

¿A qué obedece la fascinación por los palíndromos? No a la satisfacción de la simetría, sino a las revelaciones que la simetría propicia. *Que ala, ele, somos o anilina* se lean del mismo modo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha no tiene mayor interés; que el nombre *Anita* contenga en el reverso la palabra *atina* nos intriga: es como si la contigüidad de los vocablos, cada uno el secreto de la otra, su oculto sentido, no fuera accidental, sino necesaria y naturalmente significativa. Como las cartas del tarot y las monedas del *Libro de los cambios*, las palabras de los palíndromos sirven a un arte combinatoria que se resuelve en arte divinatória. Los palíndromos son oráculos y esfinges: no es la voz de quien los escribe la que habla en ellos y lo que esa voz dice está cifrado. “Cuando descubrí los palíndromas”, escribió Cortázar, “me sentí instalado en una situación de relación mágica con el lenguaje”.\* El sentido ilumina un destino: Anita atina.

\* Cortázar decía palíndroma, como Arreola y otros, por galicismo. Me escribe Gabriel Zaid: “La palabra es pseudogriego inventado en inglés por Ben Jonson (*palindrome*). El DRAE nunca registró *palíndroma* sino *palíndromo* desde la edición de 1956, y da las raíces griegas, como si de ahí viniera. Hace lo mismo el Robert y hasta el OED, aunque da como primera aparición la de Jonson, c. 1629. Lo más notable del asunto es que en griego moderno (*Oxford pocket*) *palíndromikós* = *reciprocating (movement)*. Y *karkinos* = *crab, cancer, palindrome*.”

Uno de los palíndromos más conocidos en español es una extensión del anterior: "Anita lava la tina." Tiene la gracia de la sencillez, pero no el encanto de la célebre estampa misteriosa: "Dábale arroz a la zorra el abad". ¿Por qué el abad le da arroz a la zorra? ¿La sometía a la austeridad monástica? ¿Por qué la zorra lo aceptaba en lugar de, digamos, las gallinas? (Misterios que se desvanecen y dan paso a otros si entendemos que la zorra es "una zorra", una mujer salaz.)

Los palíndromos no se construyen solo con palabras palíndromas, como el del arroz y el abad, sino sobre todo con las que no lo son y en el camino de vuelta se descomponen para formar con las vecinas otras voces, pero hay por supuesto palabras recurrentes (no hay palindromista sin su *ay* y su *ya*, sin su *diva* y su *luna*, su *oíd* y su *dio*) y sin duda palíndromos a los que los exploradores llegan una y otra vez. ¿Cómo estar seguro de que una frase tan redonda como la noticia mitológica *Eco da eco de doce a doce* no ha sido ya encontrada por otro?

Un palíndromo no se inventa: se descubre. Como cualquier poema, a fin de cuentas: "una auténtica obra de arte, poema, escultura, melodía, es una forma ideal que preexiste en las posibilidades de la lengua, del mármol, de las notas, y que el artista descubre como se descubre un teorema", anotó Italo Calvino a propósito del palíndromo de Luc Étienne *Ce repère*, *Perec*. Solo que aquí *la musa musita* (*a ti suma su mal*) no en los oleajes del sentimiento y los vendavales de la pasión sino en las esquinas del juego y los resquicios del equilibrio sintáctico.

Un buen palíndromo resulta poema, relato, sentencia, oráculo u otra cosa —siempre otra cosa— cuya naturaleza ignoramos hasta poner el punto final. Pero el género importa poco. Lo interesante es la aparición de imágenes inusitadas, a veces inmediatamente reflexivas y desdobladas en ideas, en cabos de una línea de pensamiento, a veces vagamente alusivas. Frases que compendian, con desapego e ironía que las libera del peso sentencioso y la vana suficiencia, enteras filosofías: *Solo ser, tras Sartre, solos*. O resúmenes situaciones arquetípicas, nudos

dramáticos esenciales: *Desamor. Aroma. Sed*. O enuncian con ingenio lugares comunes: *La era diva, la vida real*. Breves relatos de gracia sobre todo fonética: *Roló dedo gordo. Lo drogo de dolor*. Frases de salón dieciochescas: *Sade: sé darte leve letra de sedas*. Con frecuencia, el premio está en los vocablos inusuales: *Ávida, darale Verónica ramal amaracino. Revelará dá-diva*. El palindromista es un arqueólogo fascinado con pequeñas rarezas. Naturalmente, abundan las alusiones, los guiños. El palíndromo vuelve derechamente por donde vino pero la senda es siempre sinuosa y obliga a lanzar miradas a todos lados: *Eso, Neruda: me opuso ese delator bélico. No caeré. Te desea, celoso. Le cae sed etérea. Conocile. Brótale deseo. ¿Su poema dure? No sé*. (Todos los ejemplos de este párrafo son de Pedro Poitevin, en el libro citado.)

Aunque hay larguísimo palíndromos en prosa, como el célebre de Georges Perec, de más de 500 palabras, algo (o muchas cosas: la densidad semántica, la sinuosidad alusiva, la proliferación de aliteraciones y rimas) tiende en ellos no solo a la poesía, con la que casi siempre tropiezan y a veces armoniosamente se encuentran, sino al verso. Leer en líneas cortadas permite construir con más seguridad el sentido: las pausas son asideros. Se ve claramente en Lancini. Pero hacer verdaderos versos, controlando los acentos y el número de sílabas, como hace Poitevin en las breves estrofas de las páginas finales de *Eco da eco de doce a doce*, es un logro mayor.

Alameda, racimo, leve rayo,  
ópalos de salina sed, la clara  
mar, alcaldesa: ni la sed solapo,  
o ya revelo mi cara de mala.

No menos notables son los dos poemas palindrómicos de Poitevin en homenaje a Lancini:

#### Soneto para Darío Lancini

Oirá Darío, la musa ataca.  
Acalla, musa, o no oirá, río.  
¿O ir con él pesare a cosaca?  
Acá tapa su mal amor baldío.  
Oír bala, la sal sé ya casaca.

A cama suma la dé todo trío.  
Oí: traé, tomá, rajá resaca.  
Acá se rajará: ¡motear, tío!  
Oír todo te da la musa maca.  
Acá saca y es la sal ala, brío.  
Oíd la broma, la musa pataca:  
¿Acaso caerase pleno crío?  
Oirá, río, —¿o no?— a suma llaca.  
Acata a su mal, oirá Darío.

#### Eso llamarase corazón

¿O no? ¿Oirá Darío?  
La sed es ala. La ley es aire.  
Sé vela, levita.  
¿Oirá Darío, Edipo?  
La suma leve ley osaré.  
Sé verla.  
¿Oirá de mí? ¿De mi don? ¿No?  
Dime, dime, Darío, al revés eras.  
*Oye leve la musa: lo pide.*  
¿Oirá Darío?  
A ti vela leve, sería. Sé.  
¿Y el ala? La sé de sal.  
¿Oirá Darío? ¿O no?  
*No, zar, o cesará mal, lo sé.*

La maestría del artífice es evidente. No menos claro es el aviso del poeta. —

— AURELIO ASIAIN

## CRÓNICA

### EL PUEBLO AMORDAZADO

Desde que tengo memoria he sentido una atracción especial por los pueblos fantasma: no solo esos que figuran en los *westerns* como sede del duelo final entre protagonista y antagonista, enfrentados en una calle polvorienta bajo el sol calcinante del desierto, sino también aquellos que por diversas razones han caído en el abandono, la desidia o simple y llanamente en el olvido para conformar una geografía espectral al borde de los mapas privilegiados por el turismo, una actividad que empezó a propagarse a partir del siglo XIX y que hoy se ha vuelto una plaga para la que al parecer no hay remedio. Por fortuna aún existen lugares ajenos al frenesí de la globalización, pequeños



Los fantasmas de la historia italiana.

enclaves que no destacan en las guías turísticas y que me gusta cazar al salir de viaje. Uno de esos enclaves es Giulino di Mezzegra, ubicado cerca de la frontera italo-suiza, en la ribera occidental del lago de Como, entre Lenno y Tremezzo: los pueblos célebres por acoger a la Villa del Balbianello y la Villa Carlotta, dos de las construcciones más distinguidas de esta hermosa región lombarda. Con tan solo cincuenta habitantes fijos según un censo realizado en 2005, Giulino di Mezzegra debe su celebridad no a la arquitectura —se trata de un racimo de casas de vaga fisonomía alpina— sino a un hecho sangriento: la ejecución de Benito Mussolini y Clara Petacci ocurrida el 28 de abril de 1945, un día después de ser arrestados por partisanos comunistas en Dongio, un pueblo en la margen noroccidental del lago que suele arrogarse tan dudoso honor. Vestido con casco y chaqueta de la Luftwaffe en un vano intento por confundir al enemigo, Mussolini vio frustrado su plan de huir a Suiza junto con la mujer que le profesaba una fiel admiración desde joven. (El cuarto de Clara, quien era miembro de una familia romana de clase alta, estaba lleno de retratos del *Duce*.) Luego del fusilamiento, los cadáveres de los amantes para los que la edad no había sido obstáculo —él tenía 61 años, ella 33— fueron trasladados en camión a Milán y colgados cabeza abajo en la plaza Loreto, donde una multitud enardecida acabó por mutilarlos. Horror con horror se paga.

El desasosiego que me invade al mirar las fotografías de estos cuerpos simila-

res a productos en una vitrina de carnicería se acentúa al caminar por la carretera que une Tremezzo con Lenno: villas palaciegas, señoriales, se alinean en un desfile de damas desvenecijadas que me remite al cine *giallo* de Dario Argento. La mayoría de las mansiones y hasta los hoteles junto al lago tienen las ventanas cerradas, prueba de que el verano ha concluido y cede paso al otoño; hay, sin embargo, ropa puesta a secar en ciertos balcones como una tenue evidencia de que la humanidad no ha renunciado del todo a esta zona. La impresión de vacío me acompaña al entrar en Giulino di Mezzegra, donde la ejecución de Mussolini y Clara se reduce a señales que anuncian discretamente: *Fatto storico. Site of historical event. 28.04.1945*. Esta discreción —esta reserva ante un hecho que aún genera emociones ambiguas entre los habitantes— se transmite al pueblo entero, que desde su calle principal permanece sumido en una quietud o más bien una inquietud que crece mientras me alejo de la plazoleta llamada apropiadamente Piazza 28 Aprile 1945 y subo al sitio del fusilamiento. Durante la ascensión veo un ajado balón de fútbol en un porche, una piscina inflable con agua estancada en el patio de una casa con los postigos clausurados: un gesto de reclusión que domina el lugar. Oigo voces que surgen de algunas residencias, ráfagas de música que mueren tan pronto como nacen, pero casi no encuentro gente en las callejuelas ni en las propiedades. El silencio ha comprado el pueblo y por eso se pasea a sus anchas, amo y señor de la comarca.

El monumento que conmemora la muerte de Mussolini es una simple cruz negra empotrada en el exterior de una finca que tiene el portón cerrado —por supuesto— y la señal que he aprendido a asumir como un rasgo típico de esta región: *Area videosorvegliata*. Algo, en efecto, me vigila, una presencia que sofoca los sonidos como una mano colocada de golpe sobre unos labios: es la presencia del pasado. La humedad aumenta la sensación de amordazamiento que prevalece en Giulino di Mezzegra; una sensación que cristaliza en las calles

surcadas de vez en vez por un automóvil sigiloso, en las frases apagadas que intercambian los pocos habitantes con que me cruzo. El aire está en suspenso al igual que el agua en la piscina inflable; la soledad y la decrepitud cubren el mediodía como un domo translúcido. Este lugar, lo comprendo, vive amordazado desde aquel 28 de abril en que los disparos de los partisanos instauraron un toque de queda para siempre. En la cruz que ostenta el nombre del *Duce* y la fecha de su fusilamiento en letras doradas no hay cabida para Clara Petacci: ella es apenas otro recuerdo penoso en los anales de este pueblo taciturno. Solo hasta que salgo de Giulino di Mezzegra rumbo a Lenno, caminando de nuevo por la carretera, logro deshacerme de la mordaza impuesta por los fantasmas implacables de la historia. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

## LITERATURA LIBROS SUBRAYADOS

Hay varios tipos de subrayadores. Por ahí un personaje de Fuguet le marca las partes más calientes de las novelas a una amiga que no lee ni la carta del restaurante. Existen otros que se enojan, nostálgicos de la censura, con los libros; otros, más cercanos al estilo de las barras bravas, directamente dirigen improperios contra el autor, al estilo de los blogs chilenos. Están los pedantes ingenuos que dicen, con sus marcas y subrayados: “soy un lector avezado y rayo el libro para un importante *paper* que será escrito en jerga burocrática y que no va a leer ni el estudiante más remoto en rincón alguno de la galaxia”. Divertidos también son quienes, al descubrir una cita oculta o una relación (por obvia que sea, por ejemplo, que *Dinero* de Amis es una recreación de *Niebla* de Unamuno), la hacen saber cargando la letra en su acceso de felicidad: la ansiedad los consume cuando descubren algún intertexto en el que están seguros nadie reparará y quieren

gritarlo a voz en cuello, entonces echan mano al lápiz más cercano y dejan el libro con un tatuaje que condicionará por siempre a los próximos lectores. Estos últimos subrayadores son parientes de los melindrosos cazadores de inexactitudes que revientan de placer al descubrir errores de traducción (los hay por miles) o imprecisiones en ediciones prestigiosas (las hay por miles). Ya, está bien, todos sabemos que la visión del centro a la periferia, o del primer mundo al tercero, está llena de desconocimiento: Bloom y Marjorie Perloff confunden países y obras (“the argentinian poet Pablo Neruda”), pero solo se decepciona el que se ilusiona demasiado o los que leen las obras como si fueran palabra de ley o mandamientos. Mejor una relación amistosa con las páginas. En la emulsión que lubrica el paso de un párrafo a otro, de una idea a otra, de una escena a otra parece radicar cierta sabiduría –en la flexibilidad, en dejar pasar, en un dejarse penetrar, en un lector hembra inteligente y receptivo, parafraseando en negativo a cierto narrador pasado de moda. Lo demás es reacción de blog, rigidez mental, tontera.

Por lo demás, no creo que los subrayados y notas al borde de las páginas hayan hecho alguna vez cambiar de opinión a alguien, y si lo han hecho ha sido en el sentido opuesto a las intenciones del rayador. Mucho peor cuando el que garabatea el libro piensa lo mismo que uno, ya que degrada ideas que uno considera serias. Puede que esto de garabatear se deba en parte a la carencia de material impreso circulante, de revistas, de la vieja libertad de expresión. Aunque insoportables son también los que toman el libro con cuidado extremo como si fuera un ala de mariposa extinta o una hoja de la Biblia de Gutenberg; frente a esta última estirpe, que idoliza y fetichiza los volúmenes, cualquier garabato es preferible.

Entre la estirpe de los subrayadores hay unos que son mis preferidos y son los que dejan mensajes en hojas de

cuaderno dentro de los libros, en el poema o el párrafo que más les gustó. Existen los que simplemente dejan constancia de su regocijo, y hasta los que buscan encuentros (“quisiera leer estos poemas en la cama con alguien”) y dejan el mail: homosexuales amantes de Robert Duncan o Frank O’Hara, o chicas a las que les agrada que les lean en el postfacio del acto sexual; otros buscan encuentros más serios para discutir interpretaciones y nos encontramos con frecuencia con el prosélito que busca reclutar militantes. Me pasó una vez con una edición de Yeats: en un raptó de encantadora cursilería, una angloparlante dejó escrita una nota que decía algo así como: “quien quiera que seas, estoy segura de que si has disfrutado de este poema debes ser el tipo de persona que me gustaría abundar en el mundo”. Cuando uno lee algo así luego distingue hasta las partículas de polvo que descienden iluminadas por el ventanal de la biblioteca del instituto británico, que tiene una preciosa vista que da al lado poniente del cerro Santa Lucía. —

—GERMÁN CARRASCO

## LITERATURA Y DEPORTE RUNNER’S BLUES

**M**ucho antes de que el doctor Kenneth Cooper publicase, en 1970, su libro seminal —*El nuevo aerobismo*—, la especie humana llevaba miles de años corriendo. O en todo caso, no necesitaba que la enseñasen a dar sistemáticos trancos teniendo la salud en mente.

Desde nuestros orígenes en la árida planicie sudafricana, los humanos estamos acondicionados para la carrera. Sin embargo, hay que acordarle al doctor Cooper, entre otros, el haber contribuido grandemente a darle un cariz recreacional —ideológico, si lo piensa usted bien— a lo que, en esencia, es un reflejo defensivo.

Hoy, correr—correr de modo delibe-

rado y rutinario; correr como disciplina que genera su propio pensar sobre sí misma— forma parte de un globalizado repertorio de conductas humanas que habría resultado sencillamente impensable hace medio siglo.

Sobre las ventajas de correr se ha escrito un Himalaya desde entonces, y también, a buen seguro, sobre mucha gente saludable que ha caído fulminada por la muerte súbita por la falla de una arteria válvula aórtica, por causa de una arritmia o, sin más, por un infarto masivo. La sarcástica letalidad de este tipo de episodio es tanto más cruel cuanto más devoto creyente de las virtudes del aerobismo y de los complementos antioxidantes es el deportista muerto.

Una bella señora karateca, amiga mía, adoradora de Stephen Jay Gould y otros autores neoevolucionistas contemporáneos, cuenta que optó por las artes marciales hace ya veinte años, el día en que sus muchas lecturas la convencieron de que la carrera, en los humanos, no debe ser cosa maratónica, sino dictada por el “escapar o luchar” de la respuesta ante el estrés que alguna vez supuso un encuentro fortuito con un tigre diente de sable o para sacarle ventaja a un velocirráptor. Así como el poeta Gil de Biedma afirmaba que “lo natural es leer, no escribir”, mi amiga juzga que lo natural es caminar o bailar o cocinar o trabajar en el jardín o hacer el amor; nunca correr, como no sean los cien cruciales metros que puedan apartarla de un peligro inminente.

Parece justo hacer constar que mi amiga fue, en algún momento, una asidua y consumada maratonista que invertía tiempo, musculatura y médula en disciplinas como el triatlón... hasta que un día tuvieron que auxiliarla para hacer los últimos cuatrocientos metros de una prueba de triatlón que terminaba en algún punto de la caraqueña avenida Río de Janeiro. Las chicas y chicos que la auxiliaron resultaron ser también karatecas y el resto es historia.

Yo, en cambio, no estoy tan seguro que correr largas distancias sea una práctica *contra natura*, pero solo puedo esgrimir en pro de esta idea el recuer-

do inextinguible de las conversaciones sostenidas, al paso que trotábamos juntos en el circuito interno del *campus* de la Universidad “Simón Bolívar”, con el desaparecido filósofo de la historia, el profesor Luis Castro Leiva.

En realidad, era Castro Leiva quien “hacía el gasto de la conversación”, sin que su aliento delatase el esfuerzo de la carrera; yo me limitaba a resoplar asentimientos o gruñir desacuerdos, casi siempre al borde de la hiperventilación.

Esto ocurría a comienzos de la década pasada, en un tiempo en que era yo bastante dueño de mi tiempo porque me había quedado sin empleo luego de renunciar a escribir culebrones, mi oficio durante casi veinte años. Era, pues, lo suficientemente dueño de mis días y mis noches como para proponerme un ambicioso plan de acondicionamiento físico. Para irnos entendiendo, me hallaba imbuido de una de esas resoluciones de la mediana edad: terminar un libro —una farragosa, fallida novela— hasta entonces inconcluso y ponerme en forma.

Al comenzar, pesaba 98 kilogramos, fumaba media docena de habanos al día —porque fumar cigarrillos es dañino para la salud—, bebía sin tasa; las carnes rojas, los embutidos y los carbohidratos topaban conmigo de un modo tan periódicamente reincidente que tuve que recurrir a la terapia cognitivoconductual para conjurarlos.

Comencé por caminar y aproximarme paulatinamente a la velocidad del *footing* hasta alcanzar, luego de un lapso que me pareció indeciblemente largo y en el que me sustraje a todo contacto humano que entrañase sentarse a la mesa, los 92 kilogramos.

Va sin decir que Castro Leiva —trotador, nadador, ciclista, anglófilo inductor de la práctica del *rugby* en Venezuela— alentaba cordialmente mis esfuerzos, me daba conversación trotando a ratos hacia atrás mientras yo caminaba al paso más vivo que la vergüenza me exigía. Al cabo de unos párrafos, Castro Leiva daba media vuelta y echaba a correr como un gamo hasta alcanzarme de nuevo en alguna curva, para trotar de espaldas otra vez mientras hacía un comentario sobre



Murakami, el escritor maratonista.

el *paper* que se hallase escribiendo, y de nuevo giraba y se echaba a tragar millas y así nos iba semana tras semana.

Hasta la mañana de domingo en que —¿para qué pretender inventar un giro novedoso?— “el cuerpo me pidió”, como suele decirse, *apretar el tranco*, me hallase o no al borde de la fibrilación. Según el diccionario de la Real Academia, dicese *tranco* del “paso largo o salto que se da abriendo mucho las piernas”.

Lo que siguió es cosa que muchos lectores-corredores han experimentado alguna vez: el goce del esfuerzo en el límite de la extenuación; la jubilosa compenetración con alguien que, aun habiendo sido durante años parte de nosotros mismos, no conocíamos. Y el todo estuvo en *alargar* el tranco; en *redoblar la cadencia* más allá de lo que el fuelle parecía dar de sí.

Muy pronto trotaba a buen paso, lado a lado con mi nunca bien llorado amigo, y podía sostener —ahora sí— una conversación con él, sin desmedro de la articulación de ideas complejas, sin frases entrecortadas ni resoplidos; en fin, en la zona cardiovascular que los manuales señalan como adecuada. Diez o doce kilómetros más tarde, mil metros de estilo libre en la pileta de la Universidad me dejaban listo para mil cuatrocientas palabras diarias. Ninguna memorable,

me apresuro a decir. Con todo, en aquella temporada pude, al fin, terminar el libro en que me había atascado. Y valga lo que pudiere valer aquella novela, la certidumbre de que existe un vínculo secreto entre el correr y el escribir se quedó conmigo para siempre, aunque no haya perseverado en el correr.

Hoy, dieciocho años más tarde, con una operación a corazón abierto en mi haber, ya no troto como entonces. Mi juanete del pie izquierdo ha crecido al paso que mi tiempo se ha encogido. Mis rutinas no me permiten más que una sexagenaria media hora al día en bicicleta elíptica. Y es en esa sazón que ha caído en mis manos un libro muy celebrado últimamente: *De qué hablo cuando hablo de correr*, de Haruki Murakami.

Escribo lo que su lectura me ha dejado, luego de cumplir con mis 45 minutos diarios de bicicleta elíptica de la prestigiosa marca Orbitrek. Sería, por cierto, muy fullero de mi parte seguir adelante escamoteando el hecho de que Castro Leiva, principal inductor de la vida sana que hoy llevo, murió repentinamente en 1999, de un derrame cerebral masivo.

**2** ¿Cuántas actividades de tipo, digamos, atlético se avienen con la vida del escritor de ficciones mejor que el correr?

Considérese que correr es barato y que los escritores, salvo que se hallen ya en el rango de un Vargas Llosa o un Paulo Coelho, son gente más bien pobretona: todo lo que se necesita es un buen par de zapatos *ad hoc*. Más tortuoso es el tema de cómo obra *intelectualmente* la carrera en el modo en que el escritor aborda su trabajo.

Sin embargo, es poco lo que, en plan ensayístico, con ánimo reflexivo, se ha escrito sobre el tema. No me refiero aquí a joyas narrativas como *La soledad del corredor de fondo*, del británico Alan Sillitoe. En esa pieza maestra de la literatura del siglo XX, el protagonista es un joven corredor de fondo con sobrados motivos para “parar” y deliberadamente perder una carrera, pero el relato de Sillitoe nada nos dice sobre el efecto de las endorfinas liberadas por el ejercicio en la misteriosa neurofisiología de la invención literaria.

Más a propósito, creo, es el breve pero agudo ensayo que la estadounidense Joyce Carol Oates publicó en *The New York Times*, en 1999. Oates, como se sabe, es también autora de una imprescindible colección de ensayos sobre el boxeo. En la pieza entregada al diario neoyorquino, comparte su experiencia como corredora. Y afirma que, durante la carrera, “una misteriosa florescencia del lenguaje late en el cerebro, acompañada con el ritmo de los pies y el balanceo de los brazos. Se diría que el escritor-corredor atraviesa el paisaje—a menudo ciudadano—de sus ficciones, como lo haría un fantasma en un escenario real”. Ofrezco al lector—ya sea corredor-escritor o no—este otro hallazgo de la Oates: “Al correr, el ‘espíritu’ parece invadir el cuerpo del mismo modo en que los músicos ejecutantes experimentan el fenómeno de la ‘memoria tisular’ en las yemas de sus dedos: el escritor parece experimentar en sus pies, pulmones y en su pulso acelerado, una extensión de su *yo* imaginador.”

Nada que se acerque a estos vuelos puede leerse en el librito de Murakami.

### 3

El narrador japonés afirma haber salido a correr todos los días durante los últimos veintitrés años. Ciertamente,

ha participado en al menos un maratón anual desde hace ya un buen tiempo. En este libro—cuyo título rinde homenaje al escritor estadounidense Raymond Carver, uno de sus favoritos y uno entre los muchos que el japonés ha traducido a su lengua natal—, intenta narrarnos su historia personal como escritor-corredor. Propone para ello un paralelo entre entrenar para los maratones y la escritura de ficción.

Peter Terzian, un reseñista literario del *Los Angeles Times*, al comentar el texto de Murakami, señala atinadamente que correr (en solitario), igual que escribir, no es cosa realmente competitiva: cada participante ostenta ante sí mismo su *personal best*: esa mejor marca que uno procura abatir íntimamente.

A diferencia de la Oates, Murakami no se sirve del espacio ni del tiempo de la carrera para pensar en la escritura. “En lo esencial, no pienso en nada cuando corro”, escribe, “y todo lo que hago es continuar corriendo dentro de mí propio, acogedor vacío casero”.

Que no piensa en nada—al menos no cuando trota en su vacío—se deja ver en este que, como diría don Alfonso Reyes, es un (mal) “libro de pedacería”: una colección de desabridas crónicas, escritas a trancas y barrancas por el maratonista Murakami hace veinte o quince años para la prensa deportiva de su país. El débil aglutinante lo aporta su evocación de cómo se preparó para el maratón de Boston del 2005. Las sesiones de entrenamiento se nos ofrecen con deslumbrantes alardes, tales como: “Nunca salgo a montar bicicleta sin llevar una botella de agua. Así, mientras pedaleo, tomo la botella de su receptáculo en el bastidor y trago un poco de agua. Luego pongo de nuevo la botella en su lugar.”

La palabra “aceptar” recurre en decenas de párrafos, casi todos ellos referidos al declinar de la forma física al paso de la edad. Murakami pretende darle a esa constatación el rango de un sentimiento moral que llama *runner’s blues*: sabiduría—¿oriental?—del corredor que envejece. Murakami—essabido—propala una idiosincrásica vertiente del Zen que suministra *koanes* sobre la mengua física tan

bonzos como este: “Así es la vida: tal vez lo mejor que podemos hacer es aceptarlo.” Y, en otra parte: “No importa cuán viejo me haga: siempre descubriré algo nuevo acerca de mí mismo.”

No importa cuánto dure su libro en las listas de mejor vendidos, digo yo, es seguro que no mejorará con el tiempo.

Y lo mejor que Murakami y sus admiradores pueden hacer es aceptarlo. —

— IBSEN MARTÍNEZ

## POLÍTICA INTERNACIONAL

### LA ERA DE LA INDECENCIA

**E**l 4 de noviembre del 2008, mientras medio mundo festejaba el triunfo de Barack Obama, yo caminaba entre zombis en un hotel de Phoenix. Me había sacado un desdichado tigre en la rifa de la cobertura radiofónica de la elección: seguir paso a paso la derrota de John McCain en Arizona, epicentro de la carrera del senador republicano. El hotel Biltmore, con sus paredes de caoba y sus retratos de distinguidos aristócratas de gacné, resultó el escenario perfecto para el lamento de los privilegiados. Recuerdo en particular a una pareja que bebía a un lado del bar, tomando el vaso entre índice, medio y pulgar, mientras escuchaban a McCain dar por terminadas sus aspiraciones presidenciales. Atrás del candidato, con el rostro congestionado por la ira, estaba Sarah Palin, su malhadada compañera de fórmula, epítome de la improvisación y la ignorancia. Y aunque el oficio periodístico reprobaba tomar partido, la escena completa me llenó de gozo. Por un momento, pensé, la cordura y la tolerancia le habían ganado la partida al prejuicio y la demencia. En ese momento, la victoria de Obama—con su tono de piel, su complejidad intelectual y hasta su edad—auguraban una reconquista especialmente añorada para Estados Unidos: la vanguardia en el ejercicio sano y brioso de la democracia. No fue así.

Casi desde el momento mismo en que Obama ganó la presidencia, el clima político en Estados Unidos se envileció.



El rostro del desequilibrio.

Impulsado por la más rotunda ambición —y sabrá Dios por qué cantidad de prejuicios— el Partido Republicano se dio a la tarea de ejercer una oposición absoluta, sin margen alguno. El propio Obama quizá no ayudó a su causa cuando optó por buscar la aprobación de la reforma al sistema de salud, joya de la corona de la política liberal y, por ende, bestia negra de los conservadores. El papel renovado del gobierno como proveedor de bienestar social desató, junto con la crisis económica del 2008, al movimiento del “Partido del té”, tan despatarrado e incoherente como efectivo.

Acomodados en el excepcionalismo barato de Palin y los suyos y azuzados por las teorías de la conspiración alrededor de la figura presidencial (como el absurdo debate sobre el “verdadero” sitio de nacimiento de Obama), los partidarios del té poco a poco han ido acaparando el discurso político. Por desgracia, el tono y el mensaje han encontrado eco en los múltiples jilgueros que aparecen en la televisión y la radio estadounidenses haciéndose pasar por periodistas cuando en realidad son propagandistas; payasos ignorantes que, sin recato alguno, promueven el prejuicio y la desinformación como si ambos fueran dogma. El resultado ha sido lo que *The New Republic* llama, con una curiosa vocación eufemística, “la era de la estridencia”.

La prestigiada revista se queda corta. Incluso los estridentes pueden mostrar un mínimo de recato. Lo que ocurre en Estados Unidos es algo peor. La elección de Obama derivó en el principio de la era de la indecencia. La celebración de la ignorancia no es nueva en Estados

Unidos: el romance con la frivolidad es parte del carácter estadounidense. Pero una cosa es ver a Oprah todos los días y otra muy distinta es ir por la vida promoviendo ideologías radicales desechadas hace años o diciendo —en el más moderado de los casos— que Barack Obama es un musulmán de clóset que busca llevar al país al comunismo. La indecencia y la ignorancia tienden a engendrar violencia. Y la violencia, más temprano que tarde, levanta la voz a la mitad del foro. En la campaña del 2008, John McCain tuvo el buen sentido de detener a tiempo la locura de algunos de sus simpatizantes. En un memorable intercambio con una mujer que acusó a Obama de ser árabe, McCain trató de abogar por la cordura: “no, señora, no es un árabe. Es un hombre de familia decente con quien tengo diferencias políticas. Debemos ser respetuosos”. Por fortuna, quizá gracias a actos como el de McCain, la elección estadounidense del 2008 se salvó de lo que muchos temían: la traducción del lenguaje político desenfrenado y falaz en violencia concreta. A pesar de varias amenazas en su contra, nadie trató de

atentar contra Obama. Aunque quizá, en el fondo, todo fue cuestión de suerte. De ser así, a principios del 2011 la fortuna se agotó en Estados Unidos.

El atentado contra Gabrielle Giffords, moderada y sensata congresista de Arizona, ha exhibido, de golpe y porrazo, el calibre del riesgo en el que vive la sociedad estadounidense, lo floja que está la cuerda. Con una clase política hundida en la más absurda polarización y medios de comunicación en los que impera no el amor por la verdad sino el apego al poder y el dinero, Estados Unidos deambula hoy en el pantano de la indecencia y, sí, la estridencia. La combinación de ambas engendra locos como Jared Loughner, capaces de caminar a un expendio de armas, comprar una Glock y tratar de acabar con la vida de una mujer que practicaba el complejo arte de la civilidad democrática en la esquina de un supermercado. Era cuestión de tiempo: el abuso de la deshonestidad y la sordidez en la vida política desemboca siempre en la violencia. Está en Suetonio. Y en el rostro de Jared Loughner. —

— LEÓN KRAUZE

